

LAS INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN - I

Melancolía y enajenación

Albeiro Patiño Builes



FONDO
EDITORIAL
ITM

LAS INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN - I

Melancolía y enajenación

Albeiro Patiño Builes



Patiño Builes, Albeiro, 1967-

Las intermitencias del corazón - I. Melancolía y enajenación / Albeiro Patiño Builes.
-- 1a ed. --Medellín : Instituto Tecnológico Metropolitano, 2016.
225 p. (Textos urbanos)

ISBN 978-958-8743-87-5

1. Novela colombiana 2. Literatura colombiana I. Tit. II. Serie

863 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

LAS INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN - I

Melancolía y enajenación

© Instituto Tecnológico Metropolitano –ITM–

© Albeiro Patiño Builes

Primera edición: octubre de 2016

Hechos todos los depósitos legales

Rectora

María Victoria Mejía Orozco

Directora Editorial

Silvia Inés Jiménez Gómez

Corrección de estilo

Lila M. Cortés Fonnegra

Asistente Editorial

Viviana Díaz

Diagramación

Leonardo Sánchez Perea

Diseño carátula

Alfonso Botero Tobón

Impresión

Ediciones Diario Actual

Fotografía carátula

Mujer mirando al horizonte

Tomada de: <http://www.freejpg.com.ar/free/info/100006830>

Dominio público / <https://unsplash.com>

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

Fondo Editorial –ITM

Calle 73 No. 76A 354

Tel.: 4405197

<http://fondoeditorial.itm.edu.co/>

www.itm.edu.co

Medellín – Colombia

Las opiniones originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

A la memoria de mi hermano:
John Fredy Patiño Builes Qepd.

«Porque los malestares de la memoria se
vinculan a las intermitencias del corazón».

En busca del tiempo perdido
Sodoma y Gomorra
Marcel Proust

Prólogo

Genevieve era ligeramente más baja que yo. Tenía la piel muy blanca, los ojos cafés, y en su rostro, una expresión indescriptible, pero más parecida a la tristeza que a cualquier otra pasión. Había quienes la consideraban bonita, pero la mayoría, al menos los hombres, veían en sus facciones el dolor de un amor frustrado. Yo la veía hermosa, pero mis descripciones de ella siempre estuvieron marcadas por un sesgo de amistad. Así que nunca fui la persona más indicada para dar un concepto sobre su hermosura o falta de ella, aunque de verme obligado tendría que decir que, al menos su mirada, sus ojos y su cuello, eran los de una muñeca.

Vivía en el tercer piso de un edificio de cuatro niveles. De cara a la calle había unos pasamanos que ocupaban todo el frente de la casa. Nada había en el mirador, salvo un par de sillas y, de tanto en vez, una jaula colgada en una de las esquinas, en cuyo interior un canario despertaba muy temprano a los vecinos con su canturreo desesperante. El edificio quedaba en Bello, apenas a unas casas de la mía, y a veces, desde mi balcón, miraba el suyo con ansiedad, esperando que en cualquier momento Genevieve apareciera. Nada vislumbraba en aquel caserón que imaginaba desolado, nada se veía a través de las ventanas, nada atravesaba la puerta que de ordinario permanecía cerrada.

Cuando hablábamos, sentíamos (imaginaba que también ella) la aprehensión propia de dos muchachos de diferente sexo, que tienen cada uno una historia para contar. Pero no la contamos inmediatamente. Apenas si lo hicimos a medida que los primeros años de bachillerato en el Instituto Jesús de la Buena Esperanza (primero, segundo, tercero) nos fueron

permitiendo encontrarnos y hacernos cada vez más amigos y cómplices.

Genevieve, a mí, parecía verme con confianza, y, según me dijo, sentía que conmigo podía ser ella misma. No debía ponerse máscaras para ser aceptada, sino, por el contrario, quitarse las que, por situaciones pasadas, la habían obligado a ponerse y nunca se había podido quitar.

Con el avanzar de nuestras charlas nos dimos cuenta de que teníamos en común más cosas de las que nos hubiéramos imaginado. A los dos nos gustaba leer, ambos llevábamos diarios (más por el ejercicio literario que por la necesidad de desahogo), ambos anhelábamos algún día encontrar a alguien con quien nos sintiéramos tan a gusto que le encontráramos otro valor a la vida, uno real, terrenal, salido de toda duda de deseseros y desesperanzas. Pero también había diferencias: mientras yo vivía bajo un yugo en mi casa, Genevieve quería tener quién la amarrara a la suya; mientras yo quería escapar de mis padres, ella quería tener cerca a los suyos; Genevieve era más responsable con las tareas que yo, era más puntual que yo, pero yo era más ordenado con algunas cosas que ella. De esa forma, nos volvimos cada uno complemento del otro.

Fue en cuarto año que empezamos a acostumbrarnos a estar juntos, incluso, la costumbre se volvió necesidad. Nos sentíamos cómodos, originales, nosotros mismos, cuando estábamos uno al lado del otro. La aprehensión de antes se transformó en determinación y la necesidad en obligatoriedad, aunque no lo viéramos así, al menos no conscientemente. Si sabíamos que estábamos pasando a otro estadio de la relación, nunca permitimos que ese estadio fuera un nido de amor, pero sí nos permitimos pasar mucho tiempo en compañía. A veces, al salir de clase, caminábamos largas cuerdas antes de tomar rumbo camino a casa. Nos recostábamos a un árbol y

leíamos textos de filosofía y narración. Discutíamos acerca de nuestros trabajos por entregar y hasta de las calificaciones obtenidas en cada uno de los ejercicios que nos devolvía el profesor.

Un día, ya en quinto de bachillerato, la visité en su casa. Cuando abrió la puerta y me vio dibujó en su rostro una expresión de inseguridad. Imaginé que tenía allí encerrado a alguien que no quería que viera. Pero era tan ridículo, sonaba tan estúpida aquella idea, que nunca la puse en mis labios para pronunciarla.

Para entrar por la puerta que daba a la calle había pedido a alguien que salía que me dejara pasar, que iba para el tercer piso, y la persona me abrió paso. Para llegar a aquel tercer piso debí subir una serie de escalas harto empinadas, luego atravesar un pasaje estrecho que hacía ciento ochenta grados con aquellas primeras escalas, y luego subir otras escalas, paralelas a las primeras, tan empinadas como aquellas. La puerta no tenía ojo mágico, por lo que Genevieve no había podido percatarse de que era yo, antes de abrir. Pero me invitó a pasar y me dijo que me sentara.

Por fin pude ver aquel interior que tantas veces había sospechado detrás de aquella puerta siempre cerrada y aquellas ventanas siempre veladas por cortinas gruesas y oscuras. Conversamos durante horas: de ella, de su padre, de la familia que tan poco conocía debido a sus permanentes viajes a lo largo y ancho del país. También hablamos de las clases, de los profesores, de los compañeros y, finalmente, de nosotros. Nada especial, simplemente recorrimos pasajes ya recorridos, retomamos temas dejados atrás y les dimos nuevas vueltas a historias que otras veces habíamos devorado. Era como si en aquel lugar tan suyo, y tan ajeno para mí, volviéramos a encontrarnos para de nuevo conocernos.

El resto de la tarde escuchamos música. En uno de los extremos de la sala había un poderoso minicomponente marca Panasonic. La música, según me dijo Genevieve, era toda de su padre, es decir, comprada por él a su gusto. Solo que su padre no era el gran musicólogo que uno pudiera imaginar, o el que uno quisiera. Había menos de veinte LP's, la mayoría de música clásica. Genevieve me dijo que luego de sus faenas militares, y cuando le quedaba algún tiempo de descanso, gustaba de tumbarse en el mueble más grande de la sala y poner aquella música a muy bajo volumen. Podía pasarse tardes enteras, parte de la noche, degustando aquellas melodías anestésicas. Cuando parecía dormir profundamente, Genevieve se acercaba al minicomponente y apagaba el aparato. Pero entonces el hombre despertaba, le echaba una mirada a la muchacha y le preguntaba sin expresión:

—¿Por qué quitaste la música?

Genevieve la volvía a poner a sonar.

En nuestros encuentros en su casa, era Genevieve la que se encargaba de poner la música. Parecía cumplir un ceremonioso ritual, el cual consistía en sacar los LP's del cajón en el que los guardaba su padre, abrir la cubierta, tomarlos con sumo cuidado, limpiarlos con un paño que estaba en otra pequeña funda para garantizar que no se ensuciaran y ponerlos en el minicomponente. Luego, presionaba el botón de *start* y esperaba que la música sonara. Todo lo hacía demasiado serio, sin mirarme, concentrada en la tarea, la cual había aprendido mientras miraba a su padre, según me dijo. Ella la repetía mecánicamente, pero sabía que de esa forma debía cumplirse aquel acto que parecía sagrado. Cuando la música empezaba a sonar, Genevieve dirigía a mí su mirada y me regalaba una sonrisa tímida. Por momentos se me antojaba de rasgos orientales. Especialmente los ojos, debido a que la

pintura con que los adornaba rasgaba su expresión, al grado de convertirla en una musa japonesa o china.

Las visitas a casa de Genevieve me hicieron extrañar la presencia de un minicomponente en la mía. Nunca lo habíamos tenido. Había un aparato de televisión en mi alcoba y otro en la de mis padres. Pero nunca un equipo de sonido había sido del interés de ellos y, por tanto, yo nunca tuve ocasión de acostumbrarme a él. Hasta ahora que lo extrañaba. Quería pensar en Genevieve y escuchar música clásica, como hacíamos en su casa. Así que la única opción que tuve fue recurrir al radio transistor con el que mi padre escuchaba las narraciones de la vuelta ciclística a Colombia. Sintonizaba la señal de AM y buscaba alguna de las emisoras universitarias, en las cuales con frecuencia ponían este tipo de música que yo estaba aprendiendo a amar. Me ayudaba a pensar en Genevieve, me ayudaba a metérmela más aún en mi cabeza, me ayudaba a degustar su imagen como si se tratara de un dulce postre que entrara en mi cuerpo por todos mis sentidos.

La melodía que más me gustaba era la *Toccatà in D Minor* de Johann Sebastian Bach. A Genevieve, por su parte, le encantaba hacer sonar incesantemente el *Adagio Molto E Cantabile* de Beethoven. Y según me dijo, las preferidas de su padre eran la *Serenata Notturna* y *The Marriage of Figaro* de Mozart. Yo disfrutaba aquellas melodías de una forma que aún no conocía. Por un lado, porque eran exquisitas, y como nunca las había escuchado en mi vida, me habían despertado una pasión inédita para mí; pero, además, me hacían sentir muy cerca de Genevieve y de lo que ella amaba. Juntos nos transportábamos a un mundo verde y azul, en el cual éramos viajeros que no pisaban la tierra, sino que volaban sin alas por un universo que a cada metro nos mostraba algo nuevo y diferente.

Un día, después de conversar largo rato acerca de cosas sin trascendencia, Genevieve puso a sonar un LP de Richard Clayderman. *A comme amour, Another day in Paradise, Au de la des souvenirs, Ave María, Avec le coeur, Ballade pour Adeline* y otras. El contenido de aquel LP me produjo una auténtica emoción. Al principio me sonaba menos exquisita que la música de Beethoven, Bach o Mozart interpretada por grandes orquestas sinfónicas, pero mientras más la escuchaba más penetraban en mí los acordes salidos de aquellas teclas interpretadas con maestría. Una y otra vez quise que Genevieve repitiera todo el LP. Ella lo hizo sin preguntar qué era lo que tanto me gustaba o por qué me gustaba. Simplemente entendía que la música de Clayderman había tocado fibras de mi ser, y que yo había encontrado en ella el camino para acercarme a lo más sublime de la condición humana.

Cierta noche nos tumbamos en el piso de la sala. Genevieve puso a sonar un LP. Las primeras melodías eran de Richard Clayderman. Apagó las luces de toda la casa. De espaldas, con los ojos cerrados y un frío exquisito invadiendo todo el ambiente, sin hablar, casi sin respirar, dejamos que sonaran de principio a fin todas las melodías. El LP contenía varias canciones de Frank Sinatra (una era *New York, New York*, que interpretaba a dúo con Liza Minnelli); dos al piano de Raul Di Blasio, tres con la trompeta de Jean-Claude Borelly, y dos con la voz tenor de Luciano Pavarotti. Todas las escuchamos decenas de veces.

Una tarde de Navidad estábamos sentados en el balcón, oteando los carros y transeúntes que pasaban. Las calles habían sido adornadas con cadenas de bombillas que atravesaban de lado a lado, que amarraban en los aleros de los tejados y que conectaban de forma fraudulenta a las redes eléctricas de servicio público. Había llovido y la calle estaba aún húmeda,

los vehículos llevaban las luces encendidas, y en el piso, se reflejaban de forma clara los rayos de luz que despedían las farolas encendidas y las lámparas que empezaban a iluminar la ciudad.

Genevieve y yo, sentados en butacas que habíamos llevado hasta el balcón, permanecemos en silencio, lanzando lejos la mirada, como si un cansancio terrible no nos permitiera hablar. Era como si hubiéramos entregado nuestra energía a las actividades del día y no tuviéramos ni la más mínima fuerza para movernos. Genevieve parecía pensar en algo triste, quizás en su madre, porque agachaba la mirada de tanto en vez y la volvía a levantar para lanzarla a lo lejos, mandarla al cielo y despedirla por momentos de cualquier objetivo, cuando cerraba los ojos.

La noche se acercaba, pero estaba tan oscuro como si fuera de madrugada. La música de aquel LP seguía sonando, un concierto a cargo de la Sullivan Orchestra y la violinista Amanda Tapscott, todos ellos a las órdenes de Sir Bernard Gallager. Los acordes eran fabulosos, e invitaban a permanecer impasibles, como nos encontrábamos.

Luego la voz de un niño, Michael Jackson, surgió de un corto silencio. El golpeteo de una pandereta dio la entrada a la música, y su voz irrumpió de pronto con *You've Got a Friend*.

Genevieve lucía una blusa azul celeste, una minifalda y unas botas a media pierna, negras. Era la combinación que más le quedaba, y al parecer lo sabía, porque era la que normalmente llevaba, como si fuera un uniforme. Tenía varios pares de botas de diferente color, bastantes minifaldas y una buena cantidad de blusas. Quería estar cómoda y con aquellos atuendos parecía conseguirlo. Sentada en la butaca había recogido las piernas y había apoyado los pies en uno de los barrotes horizontales. Con las manos cruzadas se

sujetaba las piernas. Escuchaba la música con atención. El LP contenía ritmos variados, por lo que no fue raro encontrarnos escuchando clásica seguida de jazz, y luego blues seguido de baladas americanas modernas.

—Oye —me dijo de pronto Genevieve, bajando de la lejanía su mirada y penetrando sin compasión mis ojos sorprendidos por la intempestiva pregunta—. ¿Quieres casarte algún día?

Me lo pensé un rato.

—No lo sé —le dije—. Nunca me he puesto a pensar en eso. ¿Y tú? —le pregunté a su vez.

Por un momento reflexionó sobre lo que diría.

—Ahora que me lo preguntas —me dijo— me haces pensar en muchos momentos de mi vida. Siempre he estado muy sola y no quiero terminar mis días así. Creo que sí me gustaría casarme. Pienso en el futuro —agregó—, en mi vida dentro de unos años. Sí, quiero casarme, y tener muchos hijos. No quiero ser una solitaria depresiva cuando esté viejita.

Bajó los pies del barrote y los apoyó firmemente en el piso, alisó su falda negra y empezó a sobar suavemente el tejido de la tela con sus dedos. Se veía tan majestuosa como enigmática. Como si aquel gesto representara todas las búsquedas que hubiera hecho en su vida. Michael Jackson seguía cantando *You've got a friend*.

*If the sky above you/Grows dark and full of clouds/
And that old north wind begins to blow/Keep your
head together/And call my name out loud/Soon you'll
hear me knocking at your door.*

Me concentré en una frase que llamó mi atención, como si una voz de otro mundo me llamara para que pusiera todo mi cuidado en ella. *That old north wind*. Me preguntaba de quién sería esa voz oculta que resonaba en mi cabeza y que

me invitaba insistente a escuchar esa frase, precisamente esa frase, y quién podría estar al otro lado de mi puerta, algún día, tocando para que le abriera para librarme de *Ese viejo viento del norte*. Aquel día empezó una búsqueda para mí, una espera larga que no sabía si tendría final, si me depararía algo o a alguien. Cerré los ojos y traté de imaginar. Pero mi imaginación no me alcanzó para darme una clara respuesta. Cuando abrí los ojos, Genevieve estaba todavía pasando sus dedos por el tejido de su falda. Entonces experimenté una sensación de vacío muy profunda en mi ser, quizás en mi estómago.

—Sin embargo —dijo de pronto Genevieve—, no puedo imaginar mi vida con un esposo y con hijos. Por más que lo intento, solo puedo verme a mí sola, aquí en mi casa, o en cualquier otra parte. Debe ser porque no he conocido nada parecido en mi vida. Siempre he estado sola.

Al escucharla hablar me barría un sentimiento de atracción. Me gustaba Genevieve y era claro que también yo le gustaba a ella. Pero no me refiero a la forma normal en que un hombre se siente atraído por una mujer, y una mujer se siente atraída por un hombre. Para entonces mi deseo sexual hacia ella aún no había despertado y no había la más mínima malicia en mi comportamiento. Con el tiempo fui viendo cómo le crecían los pechos y cómo sus caderas adquirían una forma delineada. Pero yo no pensaba aún en hurgar debajo de su ropa, no quería subirle la falda ni quitarle la blusa. Imaginaba que debajo de aquellas prendas tenía un cuerpo caliente que empezaba a cambiar, y que de día en día adquiría un poderoso magnetismo. Solo sería con el tiempo que pensaría en Genevieve en términos sexuales.

No obstante, al verla, sentía un suave vértigo, una sensación de vacío en el estómago, me sudaban las manos y una gota

de sudor me nacía en las axilas y me bajaba por el costado hasta perderse en la pretina de mi pantalón. Genevieve era más transparente con sus sentimientos, le brillaban los ojos cuando me veía. Se hacía notar de muchas formas cuando yo estaba cerca, pero, por alguna razón, no me percataba de su presencia: detenía sus pasos y se ponía a jugar con su pelo, o caminaba en dirección a mí mientras miraba hacia otro lugar, o simplemente me hablaba de forma desentendida, fingiendo indiferencia, pero sin perderme de vista. El interés entre los dos crecía a cada momento y era evidente para todos que desde hacía mucho tiempo que la pasábamos bien juntos y que nos gustábamos, aunque solo una vez nos habíamos tomado de la mano: bajamos de su casa y nos dispusimos a cruzar la avenida, pero los carros no daban tregua; ella se retrajo, intimidada, entonces yo dirigí a ella mi mano, ofreciéndosela, la tomé suavemente y la ayudé a pasar la calle. Ella siguió tomada de mis dedos cuando estuvimos en la acera de enfrente, pero yo la fui soltando, sin apenas darme cuenta. Luego lo lamenté. Supongo que, en el fondo, ambos deseábamos permanecer así, nuestros propios pensamientos debían acumularse en nuestras cabezas, diciéndonos un sartal de cosas que debíamos hacer. Finalmente ganó el pequeño demonio que nos empujó a soltarnos. Todavía recuerdo con gran precisión los sentimientos que surcaron por mi cabeza aquel día: su mano pequeña y húmeda se agarró a la mía como si nunca deseara soltarla. En ella recibió más que la palma de mi mano y mis dedos: recibió un futuro que yo le prometía en silencio y que le hubiera entregado para el resto de sus días. Durante cerca de diez segundos, que duró aquel tránsito por la calle, conocí un amor sin medida, ausente de mi vida hasta aquel momento, pero que intuía y deseaba prolongar. Aprendí cómo le salta a uno el corazón bajo la camisa, bajo

la piel, y cómo las pupilas se dilatan al contacto de una piel que se desea con inusitada pasión. Apenas teníamos dieciséis años, éramos unos estudiantes inexpertos, unidos por la complicidad que produce haber cursado juntos los primeros cinco años de bachillerato.

Esa misma noche, una vez tendido en mi cama, estiré mi cuerpo y traté de relajarme sin poder conciliar el sueño. El contacto de aquella piel me seguía persiguiendo, aquella mano entre la mía seguía haciendo sudar mis dedos. Sin dormirme empecé a soñar. Vi paisajes lejanos y hermosos, con ríos azules y montañas verdes cubiertas de frondoso follaje. Y un camino que se abría a mis pies y que se alargaba hasta una distancia incomprensible. En aquella lejanía, que alcancé no más cambiar la imagen en mi cabeza, vi otra vez a Genevieve y me llené de felicidad. Una felicidad que quería meter en el bolsillo de mi pantalón y no cambiármelo nunca más. Quería hacer de todo con esa dicha tan enorme y sabía que, mientras la sintiera, sería capaz de hacer cualquier cantidad de cosas, todo, todo lo lograría.

Un día, terminamos bachillerato. Y como si el destino lo único que estuviera esperando fuera aquella fatídica fecha, su padre recibió un ascenso en el ejército. El nuevo destino para él y Genevieve sería Bogotá, a donde se irían una vez ella recibiera su grado.

Pero antes de marcharse, Genevieve habría de marcarme con el fierro de su cuerpo y su corazón. Un día antes de nuestra graduación me invitó a su casa, según me dijo, para que habláramos antes de su partida. Me vestí y me fui a verla con la idea de que viviríamos una escena de telenovela. Que lloraríamos y nos abrazaríamos, mientras las lágrimas rodaban como arroyos por las comisuras de nuestros rostros. Llegué con quince minutos de anticipación. Subí al tercer piso,

el umbral estaba abierto y me paré frente a la puerta de su apartamento. Cuando toqué sentí en mis nudillos el frío de un dolor que no conocía. En apenas unos segundos estaríamos frente a frente y quizás sería la última vez que nos veríamos. Al abrir, el apartamento se me ofreció en una semipenumbra. Cerré la puerta, me adentré pensando que ella había ido a terminar de arreglarse, y de pronto la vi salir de su habitación como nunca antes la había visto.

Caminé tres pasos y me puse a su lado. Tomé sus dos manos con las mías y contemplé su rostro. Las cejas y los labios estaban libres de cosméticos, olía a una fragancia locamente femenina. Un suave velo, transparente, cubría la totalidad de su figura, desde los hombros hasta los tobillos, pero debajo podía ver las líneas delicadas de su cuerpo completamente desnudo. Se abrazó a mí con fuerza, luego se apartó, me soltó de una mano y de la otra me fue guiando hasta su habitación. Parados al lado de su cama parecíamos dos figuras inocentes, pero atrevidas, que no han conocido nunca el mar y que de pronto se lanzan a él porque han sido seducidos por su inmensidad y su esplendor. Genevieve dejó caer el velo y se desnudó con total decisión. La luz que nos alumbraba procedía de una lámpara cubierta con una tela transparente de color azul. Cuando traté de tocarla no advertí en ella ningún movimiento, con lo que me di cuenta de que todo me estaba permitido. Puse mis manos en sus hombros y las fui bajando por los brazos, luego por el costado de su torso y finalmente sentí la curva de sus caderas. Sin previo aviso, Genevieve comenzó a desvestirme. Empezó por pasar los botones de mi camisa por el ojal, sacó la camisa de entre la pretina de mi pantalón y me la quitó con entusiasmo. Haciendo uso de las puntas de mis zapatos me retiré los mocasines sin que ella se diera cuenta. Después ella desabotonó mi pantalón,

advirtió mi ropa interior y bajó todo el conjunto, con lo que me dejó completamente desnudo. Lentamente, como actores en una película que se sucede en cámara lenta, nos sentamos en la cama, nos acariciamos, y, al final, nos tumbamos con nuestras cabezas hacia el extremo inferior.

Éramos un par de inexpertos en el arte del amor. Pero nos entregamos uno al otro para sentirnos y fusionarnos. Nunca habíamos tenido sexo con nadie. Nuestros cuerpos aún no habían saboreado las mieles del placer, pero asumimos posiciones y nos movimos como si fuéramos los más conocedores. Despedíamos olores dulces y virginales, hablábamos con gestos mudos, nos tocábamos con dedos ágiles y presurosos.

Me puse encima de Genevieve. Ella abrió sus piernas, descubrió para mí la blandura de su sexo. Se había depilado los vellos, que consideré infantiles, de su pelvis, con lo que dejó al descubierto unos labios rosados y gruesos, húmedos y tibios como las alas de una mariposa. Me pegué a su cuerpo caliente y sudoroso tanto como pude. Ni siquiera delgados hilos de luz pasaban de un lado al otro de la unión que conformábamos. La penetré con fuerza, pero delicadamente, sintiendo las paredes de su interior, la dureza de sus membranas, la puerta cerrada que quería abrirse por primera vez en su vida para dejarme entrar en el interior de su cuerpo. Mientras la besaba pude ver un par de lágrimas que rodaban por sus comisuras y caían rendidas en la blancura de la sábana. Me dolía aquella penetración. Pensé que era anormal, pero el dolor de Genevieve debió ser aún más fuerte. Un grito silencioso pareció emerger de su boca abierta, mientras mi cuerpo se derretía y se volcaba sin control, a toda velocidad, por las cavernas oscuras y apretadas de su hermoso sexo femenino.

★

Al día siguiente, después de la graduación, nos despedimos sin demasiadas muestras de cariño. Todavía estaba fresco en nuestras mentes el momento de aquella entrega adolescente en la que nos habíamos abierto el corazón como nunca antes, como tal vez no volveríamos a hacerlo. Simplemente nos dimos un beso en la mejilla y nos deseamos, uno a otro, buena suerte. Pero lo cierto es que en nuestras mentes cruzaban una gran cantidad de fabulaciones, tanto relacionadas con lo bueno como con lo malo. ¿Qué pasaría entonces entre los dos?

En definitiva, nada.

Durante los tres meses siguientes recibí cuatro cartas tuyas, mientras que a ella le envié apenas dos. Ella me invitó a visitarla, y me insistió tanto, que sentí vergüenza de seguirme negando. Tal vez pensé mucho en lo que ella podría estar pensando y en lo que serían sus decisiones alrededor de la vida. Y finalmente tomé una decisión, y fue distanciarme para siempre de mi querida y amada amiga Genevieve.

Su recuerdo, sin embargo, permaneció en mí como una herida que se abre y nunca cicatriza. Durante mucho tiempo lamenté haberme alejado de ella, muchas veces tuve deseos de llamarla, de enviarle una carta, pero nunca tuve el arrojo para hacerlo. Simplemente abrí un espacio en mi corazón, lo llené con todos sus recuerdos y lo visité todos los días de mi vida. Aquel espacio dentro de mí se convirtió en el refugio al cual recurría muchas veces cuando me sentía triste, angustiado o enfermo. Y fue, al fin de cuentas, el responsable de que nunca pudiera olvidarla.

1

Una mañana, en la biblioteca de la Universidad Nacional, estaba leyendo el texto *Cartas a un joven poeta*, de Rainer María Rilke, cuando una muchacha se sentó a la misma mesa en que me encontraba. Pronto establecimos una conversación. Era alta y delgada. Al sentarse lo hacía muy erguida. En lo primero que me fijé fue en sus labios: eran gruesos, con la forma perfecta de una manzana. Sus ojos destellaban como si todo el tiempo estuviera a punto de soltar una ráfaga de alegría. Y eso fue lo que más me gustó. Estudiaba Historia, y todos los días viajaba desde El Santuario, donde vivía. Aquel ajetreo le representaba esfuerzos y sacrificios, y sabía que la Historia no sería la carrera con la que un día saldría de pobre. Así que, me dijo, estudiaba por amor.

Jacqueline (ese era su nombre) se convirtió en la mujer que acaparó todo mi tiempo libre. Me gustaba; era hermosa. La clase de mujer que los hombres se quedan mirando. Su rostro, de rasgos sencillos, reflejaba la transparencia de su personalidad. Era simple como una rosa y olía a lo que huelen las flores en el jardín. Y, sobre todo, tenía algo que yo no sabría describir, pero que llamaba mi atención irreflexivamente. No valía la pena pensar en qué era, no era necesario preguntarse por qué, simplemente había que dejarse llevar por el impulso que ella me imprimía, como si fuera el empujón que un niño le da a su pequeño coche de juguete para que avance. Yo la miraba sin cansarme, deteniéndome cada vez en algún detalle diferente de su expresión.

A veces íbamos a cine, a veces a pasear por los parques de la ciudad, a caminar por las callejas del barrio. Yo disfrutaba cuando las personas por la calle se nos quedaban mirando. Me deleitaba el hecho de que pudieran pensar en mi buen gusto, pero también en la suerte que tenía. Cuando estaba con ella me olvidaba de todas las experiencias de mi pasado, solo el futuro importaba, y en el futuro estaba ella, su deseo de salir adelante, su sueño de un día viajar, conocer el mundo, inventar sueños y hacerlos posibles al lado de quien la quisiera y ella quisiera. Y la soledad y el silencio que tanto amé, ahora me molestaban. No concebía un mundo en el que no estuviera Jacqueline, en el que sus palabras no me hicieran vibrar.

Me parecía algo incómodo que en la universidad se supiera que teníamos una relación, dada su condición de alumna y la mía de profesor. Pero pronto hablé con el decano de la facultad y le pregunté al respecto. No era lo mejor visto, pero si entre los dos se establecía una relación seria y no íbamos por ahí dando de qué hablar, todo era manejable. Jacqueline y yo oficializamos nuestra relación, pero procurábamos mantenernos a distancia mientras estábamos en el campus. No era necesario, pero, de hecho, a ambos nos parecía que era algo de la mayor prudencia.

Un día a Jacqueline le empezó a parecer complicado estudiar y tener una relación en Medellín, pero vivir en El Santuario. La verdad es que pasábamos bastante tiempo en compañía y eso hacía que cada vez saliera más tarde para su casa. Además, para mí también se ponían difíciles las cosas: debía llevarla cada noche a la terminal de transportes del norte. Un día, después de una reunión social a la que asistimos, ella se quedó a dormir conmigo. Esa vez estuvo algo tímida, parecía que nunca hubiera amanecido fuera de su casa. Tenía veinte años y era una mujer de buena familia, con costumbres que

rayaban en lo conservador. Sin embargo, aquella primera vez fue la ocasión para que habláramos de la conveniencia de tener al menos un pijama suyo en mi clóset. Al final traje también un vestido y unas chancas. Yo fui viendo como las blusas y las faldas se multiplicaban cada fin de semana. Un día le pregunté si no quería venirse a vivir conmigo:

—¿Quieres? —me preguntó a su vez.

—Claro que sí —le dije, abrazándola.

Y al fin de semana siguiente hicimos planes para darle un nuevo orden a los cuartos y organizar el apartamento obedeciendo también a su gusto.

Yo tenía miedo de que en la universidad se dieran cuenta de que ahora vivíamos juntos; tenía miedo de que llevando una vida en común esta no funcionara igual; tenía miedo de que ella pudiera bajar su rendimiento académico o de que mis clases tomaran un rumbo de baja productividad. Traté de ignorar las dudas, de hacer oídos sordos a las voces que sobre mis hombros no dejaban de gritarme día y noche lo bueno y lo malo de aquella decisión. Al fin conseguimos adaptarnos a las exigencias de nuestros nuevos roles, manteniendo en el mismo nivel cada una de nuestras responsabilidades.

Sus padres eran gente de bien, campesinos que habían trabajado duramente la tierra para levantar a la familia. Jacqueline era la mayor de tres hermanas, las cuales aún no estaban en edad de salir de la casa. Hacían su bachillerato en el colegio del pueblo y acompañaban a los padres a atender la tienda y los negocios de la finca. Cuando supieron que Jacqueline se vendría a vivir conmigo no tuvieron reparo. Lo único que querían era saber quién era ese hombre que se llevaba a la hija. Así que un sábado temprano nos presentamos los dos. El padre me miró con suspicacia, pero al ver que me comportaba sin aspavientos empezó a tratarme como si

hubiéramos sido amigos de siempre. La madre se portaba conmigo como si yo fuera un artista de cine o algo parecido. Y las hermanas, risueñas y hermosas, bastante menores que Jacqueline, me atendían con refrescos, galletas, invitaciones a conocer la finca, en fin, con lo que me daban la bienvenida a su hogar. Me hicieron sentir siempre como parte de la familia.

Cierta tarde, cuando ya habíamos pasado más de dos meses juntos, llegué temprano y sabía que Jacqueline estaba en el apartamento. Me paré enfrente de la puerta de entrada, con las llaves en la mano. Tenía deseos de verla y también algo de ansiedad, parecía un adolescente que está a punto de ver a la mujer que le gusta y ha decidido decirle por primera vez que piensa en ella. Abrí con determinación y la sorprendí en la sala, recostada en el sofá, dormida, un libro como un ladrillo tumbado en el piso, a su lado. Estaba desnuda. Cerré la puerta y me adentré en aquel espacio que envidié. Tenía la cabeza apoyada en el brazo del mueble, el cabello revolcado, algunos cadejos pegados a su rostro por el sudor. Los brazos sobre el pecho, como las alas de un ave asustada, y una figura endiabladamente voluptuosa. Era un deleite verla. Me senté a un lado del mueble, con sumo cuidado para no despertarla. Mi corazón empezó a latir de forma acelerada, lo que me sucedía cada vez que la veía quitarse la ropa, cada vez que la sentía respirar muy cerca de mi cabeza, cada vez que me miraba como solo ella sabía hacerlo. Su nariz respingada apuntaba al techo. Miré sus labios, carnosos como gelatinas, y sus párpados cerrados, como un par de golondrinas dormidas. La luz que caía sobre su cuerpo de forma oblicua resaltaba los finos vellos de su cuerpo. Ninguna expresión en su rostro. Solo la tranquilidad que parecía nacer desde lo profundo de su alma, ofreciéndola al mundo para que el mundo degustara el placer que tan magnífica criatura ofrecía.

Pensé en ella cuando estaba despierta. No era muy diferente a como la veía ahora, solo que de ordinario llevaba ropa encima y el cabello mejor peinado. Pero siempre la alegría brotaba de sus ojos, de sus labios, de sus dientes cuando hablaba o reía. Algo muy habitual en ella era su sonrisa malévola, su guiño de ojo cuando me miraba, como si fuera una pequeña niña que ha cometido un daño y pide que no la castiguen. Solo cuando estaba concentrada en sus lecturas podía vérsela con aquella misma expresión que tenía ahora. Algo sería, metida en una historia que solo habitaba en su mente y que la mostraba con apariencia de mujer científica. Y era precisamente en esos momentos cuando estaba desentendida de todo, desprevenida, cuando más la amaba, porque podía ver lo que era, sin máscaras, sin actitudes preconcebidas ni guiones preparados y aprendidos con antelación. Era ella, como había nacido, solo que algo mayor, aunque no demasiado. Cuando la veía así quería acariciarla, besarla, tomarla en mis brazos y apretarla fuerte. Y no pude evitarlo. Me acerqué a su cuerpo en el sofá y sentí su respiración acompasada, podía ver como los latidos de su corazón hacían levantar la piel de su pecho. Puse mis labios en los suyos y esperé así a que despertara. Cuando lo hizo se pegó a mí como si algún día, hace mucho tiempo, me hubiera ido, y ahora, al fin de esos tiempos, hubiera regresado para nunca más partir. Sentí como si nunca más fuera a dejar de amarla.

Mientras la tenía abrazada recorrí con la mirada lo que alcanzaba del apartamento. Cuando Jacqueline lo vio, lo que sucedió varias semanas después de conocernos, sus primeras palabras fueron, literalmente: «está casi desnudo». Y cuando vino a vivir en él aún no había más que unos cuantos muebles, un televisor, una nevera y una estufa. Pero ella, no solo con su presencia, sino también con su mano y su gusto,

le había impreso un estilo que, definitivamente, se parecía más al suyo que al mío. Eso me agradaba. Diariamente podía observar, no sin cierta inquietud por lo nuevo que cada detalle representaba, la foto de su familia en la mesa de centro de la sala, donde me había pedido que pusiera también una fotografía de mis padres; la repisa en el rincón, donde había ubicado sus recuerdos al lado de los míos. Las cortinas habían sido escogidas obedeciendo a un estilo chic que solo Jacqueline podía tener en aquel lugar. Hasta el estampado en la tela de los muebles hablaba de ella, de su alegría y su entusiasmo. En el resto del apartamento, sus libros se confundían con los míos en la biblioteca; las estatuillas de bronce que le habían regalado sus padres estaban al lado de mis artesanías que alguna vez había traído de Bogotá. El apartamento había adquirido una presencia real desde que ella había llegado a él. Antes era un espacio en cierta forma vacío, atravesado por una serie de recuerdos que no traían más que soledad. Ahora ya no me sentía tan solo como entonces, había dejado de recorrer la calle de noche en busca de nada y hasta los recuerdos de Genevieve empezaron a ser desplazados por las imágenes que Jacqueline iba dejando en mi mente día tras día.

Tomé su cabeza con mis manos y la besé. Ella me miró con dulzura. Entrecerró los ojos mientras sacaba los labios y recostó de nuevo su cabeza en mi hombro. Antes de presentarla a mis padres, les dije:

—Es una buena mujer.

—¿La quieres? —me preguntó mi madre.

—Me encanta —le respondí—. Ya la conocerán. Los va a volver locos. Como me tiene a mí.

Permanecimos así durante unos minutos más. Yo, sentado en el suelo, con mi cuerpo recostado en el mueble sobre el que ella estaba acostada. Tenía la cabeza sobre mi hombro y

había recogido su cuerpo, ovillándolo. Aquella posición fetal mostraba sus líneas de forma descarada. La miré de arriba abajo, deteniéndome a apreciar sus caderas y luego sus senos. Mientras la miraba empecé a tener una fuerte erección.

Cuando hicimos por primera vez el amor, la pasión no tardó en despertar. En cuestión de tres semanas estábamos completamente absorbidos por las gulas del sexo. Nos metíamos en la cama todos los días de la semana. Y cuando ella vino a vivir conmigo, aumentamos la frecuencia a dos veces cada día. Recordé a Genevieve, su piel tierna, tan suave que me causaba escalofríos. Siempre pensé, hasta no hace mucho, que no había nacido para disfrutar de los deleites del amor y la pasión, pero Jacqueline había llegado cuando estaba al borde del abismo, me había dado la mano y me había salvado, no solo de un total desencantamiento del mundo, sino de un escape absurdo del amor de la mujer, el cual parecía irremediable.

—Si seguimos haciendo el amor de esta forma —me dijo una vez Jacqueline después de haber tenido su orgasmo— nos desencantaremos pronto.

—Pero al menos habrá valido la pena —le respondí—. Aunque la verdad no estoy tan seguro de que pierda el interés en alguien tan fascinante y salvaje como tú.

Nos abrazamos; luego volvimos a hacer el amor con más pasión que antes.

Jacqueline se puso encima de mí, tumbada en el piso al lado del mueble de la sala, y apoyó todo su cuerpo sobre el mío. Nuestras pieles húmedas se pegaron como cintas adhesivas. La envolví con mis brazos mientras la penetraba profundamente. De inmediato ella lanzó un suave quejido y la sentí gozar de un orgasmo rápido pero prolongado. Jacqueline siguió sobre mi cuerpo, todavía medio dormida.

★

Jacqueline había tenido como pretexto para preparar una comida especial el hecho de que yo me graduaba como Especialista en Literatura Latinoamericana. Había sido el resultado de dos largos años de arduas lecturas y preparación de trabajos. La Universidad Nacional me apoyó. Es más, me habían pedido que optara al título para que ascendiera en la línea de cargos de la decanatura. Yo no tuve reparos. Me sentía tan contento en mi vida en aquellos momentos que, de inmediato, inicié la tarea de investigar las posibilidades. En varias universidades hubiera podido adelantar los estudios, pero me interesé por el que ofrecía la Universidad de Antioquia, además porque quería volver a las aulas por las que ya había pasado en mi pregrado.

Mi tesis sobre *La evolución de las letras suramericanas durante los últimos cincuenta años*, me valió el reconocimiento de meritoria. Había hecho gala de un saber que no era consciente que tenía, pero el cual había ido adquiriendo de forma paulatina mientras leía libros y revistas de toda índole, especialmente de corte latinoamericano del medio siglo anterior. La universidad no lo había publicado, pero la editorial «Libros latinoamericanos», lo hizo. El resultado fue más que interesante. El tiraje de mil ejemplares se agotó rápidamente, con lo que la editorial decidió arriesgar con otros cinco mil, los cuales pensaban distribuir por diferentes países.

Me acababan de dar un anticipo sobre los derechos de autor y me habían invitado a animarme a escribir algo de más largo aliento, algo de ficción. Estaban interesados en promover nuevos talentos literarios y me habían puesto en su lista de noveles escritores. Así que tenía algo para pensar. Algo interesante, además de otros planes y prospectos que se venían cocinando: un ascenso en la universidad, y lo que

más me llamaba la atención, el montaje de una librería, la cual quería instalar en alguno de los centros comerciales de la ciudad.

Jacqueline había abierto una botella de *Merlot* y había servido dos copas a medio llenar. Ella apenas había brindado por mis triunfos y proyectos. A mí, en cambio, me ofreció una copa tras otra. Ya me sentía tan alegre que, como pocas veces en mi vida, amaba hasta los muebles. Hubiera abrazado a mis enemigos, aunque la verdad no recuerdo haber hecho muchos. Con mi cuarta copa Jacqueline se paró de su silla y me ofreció su mano para que me pusiera de pie; lo hice y nos fuimos al mueble de la sala, donde tantas veces habíamos hecho el amor. Allí nos sentamos a conversar animadamente. Sin embargo, ella adoptó un tono solemne, y me habló mirándome muy fijo a los ojos.

—Tengo algo que decirte —me dijo.

Había sido un día de tan buenas noticias que no me imaginé qué más podía seguir. Jacqueline se dispuso y se sentó en mi regazo, pasó sus brazos por mis hombros y me abrazó. Luego me miró de nuevo, en sus ojos había un brillo como el de las estrellas en la noche, y su cabello, negro y hasta más abajo de los hombros, contrastaba con la blancura radiante y fresca de su piel. Me sentía más enamorado que nunca.

—¿Qué pasa? —le dije.

Abrió mucho los ojos y empezó a hablar poniendo un sello de misterio en sus palabras:

—Sucedé —me dijo— que... estoy embarazada.

Sentí que un escalofrío me recorría de los pies a la cabeza.

Jacqueline y yo no nos habíamos casado, pero habíamos establecido un compromiso con toda la seriedad del caso. Nos amábamos, habíamos compartido más que la cama; también los sueños y las emociones, el deseo de un futuro en compañía.

Hacía meses que buscábamos un hijo, pero las cosas habían ido tan desalentadoras que ya preferíamos no hablar del tema. Yo evitaba la tensión de las preguntas, así que me dediqué a cumplir mi labor, a disfrutar de la mujer que tenía, de los ratos que me daba y de las horas en que largamente nos entregábamos uno al otro. Ya no pensaba en hijos. Alguna vez, incluso, consideré que era posible que ella o yo, o ambos, no fuéramos fértiles para engendrar. Y ahora ella llegaba con una noticia del tamaño de una catedral, una noticia que hacía ver como insignificantes las demás de aquel día.

La pegué muy fuerte a mi pecho, la abracé durante largos minutos, sin menguar la fuerza con la que lo hacía. Era como si el magnetismo que alguna vez hubiera sentido por Genevieve resucitara en este momento para seguir en mí. Ya lo había experimentado por Jacqueline, pero saber que estaba embarazada me hizo sentirme el polo magnético de la tierra, me hizo sentir grande, útil, único, un ser vivo.

*

También el día de montar la librería llegó. Hice una solicitud de crédito en la universidad y dos meses después me fue aprobada. Era una línea que se mantenía abierta para los profesores y los requisitos eran pocos. También los intereses que se pagaban eran bajos. Jacqueline estaba tan entusiasmada como yo, y dedicó tiempo y esfuerzos, en la medida de sus posibilidades, a entender la forma como funcionaría el negocio. Juntos, entramos a diferentes páginas de internet y consultamos acerca de la forma como trabajaban otras librerías. Ya no solo aplicaba tener un local y vender libros físicos, sino que se iba imponiendo la tendencia de vitrinas virtuales y ventas de libros electrónicos. Al hacer los planes le apuntamos a todo.

Cuando fue hora de pasar a la acción ya teníamos en nuestras mentes el local que queríamos, el decorado que le pondríamos y el tipo de libros que queríamos vender. Habíamos decidido con cuáles proveedores queríamos trabajar, la forma de contactarlos y de hacer los pedidos, los recibos y la facturación. Así que, arrendado el local, en el centro comercial Oviedo, contratamos a un decorador y le pedimos que hiciera con ese espacio lo mejor que pudiera, obedeciendo, claro, a las instrucciones y recomendaciones que le dimos. Invertimos una buena cantidad de dinero en el inicio, pero el día que abrimos el resultado fue sobresaliente. No solo presentamos al público un concepto nuevo en librerías, sino que tuvimos una asistencia de resaltar y unas ventas de inauguración muy interesantes.

Dos años después mi vida había cambiado de forma significativa. Jacqueline había dado a luz a nuestra hija. Ahora era padre de una criatura hermosa, la cual me daba una felicidad que sobrepasaba los límites de la efervescencia.

Pasado el tiempo, Jacqueline y yo nos sentamos a conversar sobre algo que no admitía postergaciones. ¿Queríamos más hijos? No, no los queríamos. Deseábamos darle a Katerín la mejor educación, construir un futuro para ella, darle el amor que necesitaba para convertirse en una mujer que va por la vida con seguridad y sin temores. Podíamos planificar con preservativos o pastillas anticonceptivas, o practicarlos, uno de los dos, una operación para evitar la esclavitud de tener que estar yendo a la farmacia. Nos miramos como preguntándonos, uno al otro, quién pasaría al quirófano. Jacqueline había dado a luz a nuestra beba; había tenido que soportar fuertes dolores de parto. Así que yo podía someterme a una vasectomía sin ningún inconveniente. Esta consistía, nos dijo el médico que nos atendió, en cortar y ligar los conductos deferentes. En

consecuencia, en poco tiempo el semen eyaculado dejaría de contener espermatozoides. El método podía ser reversible, pero lo normal era que se practicara con la idea de que fuera permanente. ¿Estábamos seguros? Jacqueline y yo nos miramos. Y sin palabras, apenas con un par de gestos, nos dijimos que sí. Dos meses después practicábamos un delicioso sexo sin preocuparnos de ciclos menstruales ni de riesgos posibles al momento de eyacular.

Éramos una familia feliz en un hogar pleno. Jacqueline se cuidaba con ejercicios y una dieta rigurosa, por lo que mantenía la misma esbelta figura de cuando la conocí. Yo sentía por ella el mismo apetito sexual de cuando nos acostamos juntos por primera vez. Aún jugábamos nuestros juegos libidinosos y nos procurábamos los espacios para disfrutar de nuestras mutuas compañías sin cohibiciones. Katerín era fuerte y sana, crecía y aprendía al ritmo de cualquier niña con un coeficiente intelectual normal. No teníamos padecimientos económicos, ni discusiones importantes. Todo marchaba como debiera, e, incluso, mucho mejor. Me sentía otro ser humano, demasiado diferente al que había sido en mis épocas de juventud. Ahora tenía treinta y tres años, un buen empleo, una esposa profesional y maravillosa, una hija espectacular y un negocio en pleno crecimiento.

Las utilidades en la librería habían sido superiores a lo esperado. Había momentos de angustia, pero en promedio el negocio se movía bien y daba para mantenerse, además de que dejaba un caudal importante de billetes que se iban a las arcas de la unidad familiar. Por esas épocas yo viajaba con frecuencia a dictar clases a la Universidad Nacional de Bogotá, por lo que conocía muy bien la plaza. Era claro que siendo la capital del país debía tener un movimiento muy superior al de las demás capitales. Y como los prospectos

apuntaban a que siguiera viajando con regularidad como emisario de la decanatura, era perfectamente válido pensar en montar una sede de la librería por aquellos lares. Jacqueline y yo lo hablamos, y decidimos que era conveniente. Estábamos jóvenes, éramos emprendedores y debíamos aprovechar las energías que teníamos para lograr cosas que le aseguraran a la familia un holgado futuro. El centro comercial escogido fue el Andino. Y la sede, una réplica de la librería que teníamos en Oviedo. Contratamos un buen administrador y yo me encargué de hacer un seguimiento detallado de lo que pasaba en Bogotá, mientras Jacqueline hacía lo propio en Medellín.

Compramos una casa grande en los altos de la loma El Tesoro y pusimos el apartamento, que quedaba en Carlos E. Restrepo, en arriendo. Jacqueline se movía con Katerín en una camioneta Ford Explorer y, para mí, había comprado un Chevrolet Camaro. Una vez terminé de pagar la deuda en la universidad renuncié a mi empleo de tiempo completo. Me ofrecieron continuar dictando clases de cátedra, tanto en Medellín como en Bogotá, lo que me pareció como mandado a hacer. Así que en las mañanas y en las noches dictaba clases, y durante el día me repartía entre atender asuntos personales y acompañar al personal de la librería en sus obligaciones.

Me sentía absolutamente complacido, había nacido en la década de los sesenta, y ahora, con los pies bien puestos en el siglo XXI, había logrado recorrer un camino de logros. Había tenido que sortear las dificultades propias de cualquier lucha, pero la verdad, debo reconocerlo, no habían sido tan dramáticas. No era Donald Trump, pero tampoco el Matrero que nos vendía paletas a la entrada del colegio cuando estábamos en bachillerato. No tenía lo que yo llamaba «grandes penas del alma». Había vivido mi niñez colmada de cuidados y detalles que me llegaban sin esfuerzo, una

juventud donde el placer estuvo a la vuelta de cada esquina, y, ahora, una edad adulta en la que la suerte me había estado acompañando desde siempre. No podía quejarme. No le debía nada a nadie, lo que había conseguido lo había logrado gracias a mi esfuerzo y sacrificio. Había tenido el apoyo de mis padres, de la universidad, la suerte de mi lado, y nunca me había metido en asuntos sucios ni en juegos ilegales para encontrar atajos que me llevaran más rápido a donde quería llegar. Era un hombre de sociedad, que le prestaba un servicio a esta. No me aprovechaba de la gente, y, por el contrario, estaba pendiente de quienes eran mi obligación o estaban bajo mi responsabilidad, no para cargarlos, sino para darles una mano cada vez que la necesitaran.

Jacqueline, a falta de mi determinación, me propuso ella a mí, matrimonio. Nos casamos en una capilla en una finca que habíamos comprado en Llano Grande. Katerín fue nuestro pajecillo. Tomamos un plan viajero que nos llevó por las antiguas ruinas de Grecia. Y allí, tuvimos una luna de miel empalagosa, con nuestra hija en medio de nosotros en la cama nupcial. Y una vez de regreso, juntos, los tres, éramos una familia consagrada al amor, al hogar y al trabajo. Los fines de semana eran siempre para nosotros. No había nada que pudiera quebrantar aquella promesa que nos habíamos hecho Jacqueline y yo. La niña estaba creciendo, ya había empezado a estudiar en pre jardín y jardín. Un día la llevaba yo y otro día Jacqueline. Cuando era mi turno, hacíamos del Camaro un estudio de música. Cantábamos a voz en jarro, nos reíamos, gritábamos, toda una melodía filial.

Albeiro Patiño Builes

Ingeniero electricista. Con especializaciones en Hermenéutica Literaria y Alta Gerencia; asimismo, Magíster en Dirección Estratégica, Planificación y Control de la Gestión del IEE de España. Ha recibido numerosos premios, entre los que se destacan el Primer puesto en el II Premio Nacional de Novela – Premios Nacionales de Cultura de la Universidad de Antioquia (2006) y el Primer puesto en el Primer Concurso de Cuento de la Asociación de Empleados del Banco Industrial Colombiano (1996). Sus publicaciones literarias, son: *Historias cruzadas* (cuentos, 1994), *Bandidos y hackers* (novela, 2007), *Phishing* (novela, 2010), *Construir una novela. Cómo orientarse en el proceso de creación literaria* (ensayo, 2011), *Intimidación* (novela, 2014) y *Galán, crónica de un magnicidio* (novela, 2014).

Textos
Urbanos

*Este libro se terminó de imprimir en Ediciones Diario Actual,
en el mes de octubre de 2016.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 240 gramos,
las páginas interiores en ivory 60 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son Bookman Old Style para texto corrido

*y **Swiss921 BT** para títulos.*